Aquel día era mi primer día en el trabajo y también mi primera ocupación.

Había acabado la carrera de Medicina el mes pasado y un amigo me

recomendó que, mientras me salía algo mejor, bien podía acudir a esta residencia

de ancianos, donde al menos tendría asegurado un pequeño sueldo y

una cama con comida. El trabajo era perenne. Todo el día en la residencia;

sólo tenía libre un sábado o un domingo de cada semana, a elegir.

La residencia estaba en las afueras del pueblo. Un pequeño jardín, que al

pasear por él no era tan pequeño; rodeaba una casa antigua de dos pisos. En

el inferior estaban las cocinas, las salas y el comedor y en el superior las habitaciones,

en un número pequeño. No parecía tener más de doce habitaciones,

lo que comprobé días más tarde al contar las personas que estaban en la residencia.

Todas ellas tenían más de ochenta años; presentaban problemas de

salud que iban desde una hemiplejia hasta la enfermedad de Alzheimer o una

demencia senil.

Allí estaban reflejadas las miserias humanas más desgarradoras y lacerantes.

Las lacras eran de lo más variopinto y denotaban cuán débil es la especie

humana y cuán efímera es la vida. Todo circulaba alrededor de la minusvalía.

El espectáculo que se me presentaba era de lo más acorde con la

decadencia y el deterioro. El ocaso se manifestaba, en toda su intensidad, en

cada una de las personas, que al entrar, me miraban vivamente, quizás sin

darse cuenta de qué es lo que quería, adónde iba o cuál era mi deseo al entrar

en este cementerio vivo. En cada silla de ruedas había un mundo que en otro

*Antonio Bascones*

102

tiempo fue intenso y que ahora señalaba un decaimiento de todas las funciones

vitales y mentales.

Entré en el jardín a través de una gran puerta de hierro cuyos goznes chirriaron

al abrirla. Mis pasos sobre las hojas, recién caídas en el otoño que rodeaba

todo, marcaron un ruido seco que señalaba que alguien se atrevía a entrar

en ese mundo, en el que últimamente nadie extraño había osado interrumpir.

El silencio dejó el lugar a un acompasado paso que penetraba intempestivamente

en el interior de un complejo, entramado entre la vida y la muerte y,

donde las vicisitudes de las personas marcaban un antes y un después.

A través de unos escalones de piedra me adentré en la oscuridad de una

sala, donde con las miradas vacías y en lontananza, con las caras desgarradas

por tanto tiempo de silencio, había unas sillas donde reposaban seres humanos

que antes habían sido personas que reían, comían, cantaban y lloraban a

la par de los demás. Ahora, sin embargo, todos permanecían en un completo

mutismo no sólo vocal, sino también mental. Las neuronas no mandaban

mensajes de vida, por lo que permanecer horas y horas en este estado era, al

fin y al cabo, una etapa previa a la muerte. Todos ellos paseaban su miseria

ante la impertérrita mirada de los pocos visitantes que se atrevían a poner la

huella entre las paredes de esa casa, que bien parecía la casa de los muertos

vivientes.

En un rincón de la sala pude observar con cierto detalle a una mujer de

una edad intrascendente, de mirada extraña, triste, vacía e inmensa como el

océano. Sus pupilas eran limpias y cristalinas, pero no señalaban vida. Eran

como un pozo sin fondo. Paseaba su mirada y su desgracia al unísono, al

compás de los ruidos externos que la rodeaban. Su única comunicación con

el exterior era su mirada, llena de frustraciones y negaciones, de angustias y

deseos. Su mano jugaba con un lápiz, al que continuamente le daba vueltas y

más vueltas sin una finalidad. En su mirada traté de vislumbrar una pregunta

que pedía una respuesta y que yo era incapaz de responder. No pude aguantar

su silencio y cambié mi mirada por una sonrisa que ella no comprendió.

*Cuentos para una tarde de invierno*

103

Las demás personas de la sala eran de la misma guisa. Ninguna sobraba

en este escenario de muerte y desolación. Paseé entre ellos, como quien camina

entre sepulturas, con un paso cansado, triste, desorientado, buscando

una salida a mi desamparo. La soledad se mascaba en todos los rincones.

Afortunadamente, al fondo encontré una puerta que traspasada me llevó

al despacho del gerente.

―Este es el lugar en el que va a trabajar. No le pregunto si le gusta pues

conozco la respuesta ―fue su saludo monocorde y lejano.

―Trataré de acostumbrarme ―contesté de una manera distante, devolviéndole

el gesto.

―Le enseñaré su habitación ―añadió algo más cortésmente, y al decirlo,

me tendió la mano con un cumplido algo más cariñoso que el recibimiento

inicial.

―Se lo agradezco ―dije de una manera protocolaria.

Mientras caminábamos por el pasillo en dirección a lo que sería mi nueva

morada por unos meses, el contrato que había firmado me obligaba a estar

seis, me indicó cuáles serían mis obligaciones con los residentes, como tomarles

la tensión, vigilarles los catarros o bronquitis, auscultarles, repasar la medicación

que tomaban y ver que todo estaba correcto. También tenía como

obligación repasar las comidas y regular su ingesta de una forma prudente.

En fin, una medicina básica pero fundamental. En caso de un desequilibrio

de la situación, una urgencia o cualquier cosa parecida debería avisar al hospital,

que enviaría un especialista que, después de evaluar el nuevo estado,

decidiría si había lugar para el ingreso.

―Como ve una vida tranquila ―me dijo mientras me daba paso a mi

aposento que sería mi morada, mi casa, mi todo.

―Sí, ya me doy cuenta ―contesté de una manera automática.

―Bueno, le dejo que abra su maleta y se acomode. Después le enseñaré

el comedor.

Mi habitación era de un tamaño mediano, muy soleada y con una gran

terraza. La cama en el centro, en un extremo una mesa de estudio y un sillón.